

HOSPITALIDAD NUESTRA SEÑORA DE LOURDES

SERVICIO SANTA BERNARDITA

FORMACIÓN

MÓDULO -3-

INTRODUCCIÓN

En el segundo módulo de formación hemos intentando responder a la pregunta: ¿qué es la espiritualidad cristiana? Y esto a partir de sus propias particularidades. En lo relativo a las fuentes de la espiritualidad sólo las hemos nombrado.

En este tercer módulo, desarrollaremos tres fuentes de la espiritualidad cristiana: la Palabra de Dios, los Sacramentos y la Oración. Las otras dos fuentes, la devoción a María y a los Santos, así como los servicios a nuestros hermanos, se desarrollan de forma transversal a lo largo de las exposiciones de los tres módulos.

Lo primero, la Palabra de Dios, porque nuestro Dios es un Dios que habla. Y su Palabra se ha hecho carne en la persona de Jesucristo. La vida cristiana comienza siempre por la escucha de la Palabra de Dios y por su puesta en práctica.

A continuación los sacramentos. El cristianismo es la religión de la Encarnación y esta presencia de Jesús entre nosotros continúa en la Iglesia. Es Ella la que el día de Pentecostés ha recibido la asistencia del Espíritu Santo. Hoy en día, la Iglesia dispensa la vida de Dios en la celebración de los sacramentos que son los signos sensibles y eficaces de su gracia.

Finalmente, la tercera fuente es la oración que desarrollaremos a partir de las palabras pronunciadas por Nuestra Señora de Lourdes en su 8ª aparición: "Rezad a Dios por los pecadores". No es un tratado sobre la oración. Simplemente queremos como hospitalarios aprender de María que por sus palabras y sus gestos enseña a Bernadette a pasar "oraciones" que recitaba habitualmente durante la oración, es decir, la relación personal con Dios.

P.Horacio Brito
Capellán General de la Hospitalidad de Nuestra Sra. De Lourdes

I. LA PALABRA DE DIOS

La Palabra de Dios es la fuente primordial de la espiritualidad cristiana porque genera la Fe. Todas las fuentes de la espiritualidad cristiana, los sacramentos, la oración, etc... suponen la Fe y celebran la Fe; Fe que encuentra su origen en la escucha fiel de la Palabra de Dios.

Para el Apóstol Pablo, la Fe nace de la predicación de la Palabra (Rom. 10,14) Para Jesús, el discípulo es el que "escucha la Palabra de Dios y la pone en práctica" (Mt. 7,21). En la palabra del sembrador, el fruto espiritual está en proporción con la recepción de la Palabra: Mt.13,1-23.

La experiencia nos dice que lo que sostiene nuestra Fe, es escuchar en las mejores condiciones la Palabra de Dios, sean las que sean las formas en las que nos las ofrezca la Iglesia: en el transcurso de la celebración eucarística, la predicación, las catequesis, la celebración de los sacramentos, las celebraciones litúrgicas, etc. En este sentido leamos lo que nos dice el Papa Francisco sobre la **Lectura espiritual de la Palabra de Dios**.

"Hay una forma concreta de escuchar lo que el Señor nos quiere decir en su Palabra y de dejarnos transformar por el Espíritu. Es lo que llamamos «*lectio divina*». Consiste en la lectura de la Palabra de Dios en un momento de oración para permitirle que nos ilumine y nos renueve.." (Papa Francisco. "La alegría del Evangelio" nº152).

"En la presencia de Dios, en una lectura reposada del texto, es bueno preguntar, por ejemplo: «Señor, ¿qué me dice a mí este texto? ¿Qué quieres cambiar de mi vida con este mensaje? ¿Qué me molesta en este texto? ¿Por qué esto no me interesa?», o bien: «¿Qué me agrada? ¿Qué me estimula de esta Palabra? ¿Qué me atrae? ¿Por qué me atrae?»".

"Cuando uno intenta escuchar al Señor, suele haber tentaciones. Una de ellas es simplemente sentirse molesto o abrumado y cerrarse; otra tentación muy común es comenzar a pensar lo que el texto dice a otros, para evitar aplicarlo a la propia vida. También sucede que uno comienza a buscar excusas que le permitan diluir el mensaje específico de un texto. Otras veces pensamos que Dios nos exige una decisión demasiado grande, que no estamos todavía en condiciones de tomar. Esto lleva a muchas personas a perder el gozo en su encuentro con la Palabra, pero sería olvidar que nadie es más paciente que el Padre Dios, que nadie comprende y espera como Él. Invita siempre a dar un paso más, pero no exige una respuesta plena si todavía no hemos recorrido el camino que la hace posible. Simplemente quiere que miremos con sinceridad la propia existencia y la presentemos sin mentiras ante sus ojos, que estemos dispuestos a seguir creciendo, y que le pidamos a Él lo que todavía no podemos lograr". (Papa Francisco. "La alegría del Evangelio" nº 153)

La Iglesia, es decir, la comunidad de fieles, es el "lugar habitual" de la proclamación de la Palabra. Un cristiano a veces puede ignorar lo que se dice en los distintos libros de la Biblia, pero no puede ignorar lo que se dice en los Evangelios. En estos, tenemos acceso a la persona de Cristo que es la Palabra de Dios. Por eso estamos invitados a apropiarnos de estas palabras en una actitud de discípulo. La proclamación del Evangelio y la Eucaristía constituyen las experiencias más fuertes de la presencia del Señor en la vida de un cristiano.

Sobre esto, el Papa Francisco nos dice "Toda la evangelización está fundada sobre ella, escuchada, meditada, vivida, celebrada y testimoniada. Las Sagradas Escrituras son fuente de la evangelización. Por lo tanto, hace falta formarse continuamente en la escucha de la Palabra.

La Iglesia no evangeliza si no se deja evangelizar continuamente. Es indispensable que la Palabra de Dios "sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial"[135]. La Palabra de Dios escuchada y celebrada, sobre todo en la Eucaristía, alimenta y refuerza interiormente a los cristianos y los vuelve capaces de un auténtico testimonio evangélico en la vida cotidiana. Ya hemos superado aquella vieja contraposición entre Palabra y Sacramento. La Palabra proclamada, viva y eficaz, prepara la recepción del Sacramento y en el Sacramento esa Palabra alcanza su máxima eficacia." (La alegría del Evangelio nº 174).

"La evangelización requiere la familiaridad con la Palabra de Dios y esto exige a las diócesis, parroquias y a todas las agrupaciones católicas, proponer un estudio serio y perseverante de la Biblia, así como promover su lectura orante personal y comunitaria.[138] Nosotros no buscamos a tientas ni necesitamos esperar que Dios nos dirija la palabra, porque realmente "Dios ha hablado, ya no es el gran desconocido sino que se ha mostrado»[139]. Acojamos el sublime tesoro de la Palabra revelada." (La alegría del Evangelio nº 175).

II. LOS SACRAMENTOS

El Catecismo de la Iglesia Católica nos da esta definición: "*Los sacramentos son signos eficaces de la gracia, instituidos por Cristo y confiados a la Iglesia por los cuales nos es dispensada la vida divina. Los ritos visibles bajo los cuales los sacramentos son celebrados significan y realizan las gracias propias de cada sacramento. Dan fruto en quienes los reciben con las disposiciones requeridas.*" (n. 1131).

El sacramento es por tanto un acto de Dios, porque Dios solo puede "dispensar su vida divina" y eso a través de un signo visible y en favor del hombre y de la humanidad. Es así que hay que decir que el primer sacramento, así como el más decisivo, es la persona de Jesús, el Dios hecho hombre, es decir, la Encarnación. La definición del sacramento se aplica totalmente a esta realidad que es la Encarnación. Hay un signo sensible, visible, la persona humana de Jesús de Nazaret: "Lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y que nuestras manos han tocado", afirma San Juan (1 Jn. 1,1)

Este acto de Dios que es la Encarnación produce una gracia capital, eficaz, porque es la portadora de la salvación de la Humanidad entera y para siempre. Jesús es por tanto, el Sacramento por excelencia. Y es a partir de este sacramento inicial que van a existir los siete sacramentos confiados a la Iglesia y primero la Iglesia misma. Los sacramentos son actos de Dios en referencia con este acto fundador que es la Encarnación.

Los sacramentos de la Iglesia son la prolongación de la Encarnación. Prolongan este primer sacramento que es Cristo Jesús. Prolongan también lo que Dios ha cumplido a través de su Hijo Jesús durante su vida terrestre. En este sentido se puede decir que los

sacramentos son "instituidos" por Cristo. Se refieren a la persona de Jesús, su vida, sus palabras, sus actos.

"Los sacramentos de la Nueva Ley fueron instituidos por Cristo y son siete, a saber, Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia, Unción de los enfermos, Orden sacerdotal y Matrimonio. Los siete sacramentos corresponden a todas las etapas y todos los momentos importantes de la vida del cristiano: dan nacimiento y crecimiento, curación y misión a la vida de fe de los cristianos. Hay aquí una cierta semejanza entre las etapas de la vida natural y las etapas de la vida espiritual" (C.E.C.n 1210).

Por los sacramentos de iniciación cristiana, el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, se basan los fundamentos de toda vida cristiana. Nacidos a una vida nueva por el Bautismo, los fieles son en efecto fortalecidos por el sacramento de Confirmación y reciben en la Eucaristía, el pan de la vida eterna. Así, por estos sacramentos de iniciación cristiana, reciben aún más las riquezas de la vida divina y avanzan hacia la perfección de la caridad.

Esta vida nueva, nosotros la llevamos "en vasos de arcilla" (2Cor. 4,7), todavía está "escondida con Cristo en Dios" (Col. 3,3). Nosotros estamos aún en nuestra morada terrestre sumida en el sufrimiento, la enfermedad y la muerte. Esta vida nueva de hijo de Dios puede debilitarse e incluso perderse por el pechado. El Señor Jesucristo, médico de nuestras almas y de nuestros cuerpos, él que ha redimido los pecados al paralítico y le ha dado la salud del cuerpo, ha querido que su Iglesia continúe, en la fuerza del Espíritu Santo, su obra de curación y de salvación, incluso entre sus propios miembros. **Es el objetivo de los dos sacramentos de curación: el sacramento de Penitencia o reconciliación y la Unción de los enfermos.**

Otros dos sacramentos, el Orden y el Matrimonio, se ordenan en la salvación de los demás. Si contribuyen igualmente a la salvación de las personas, lo hacen a través del servicio de los demás. Confieren una **misión particular en la Iglesia y sirven en la edificación del Pueblo de Dios.** En estos sacramentos, los que ya han sido consagrados por el Bautismo y la Confirmación por el sacerdocio común de todos los fieles, pueden recibir consagraciones particulares. Los que reciben el sacramento del Orden son consagrados para ser, en nombre de Cristo, "por la palabra y la gracia de Dios, los pastores de la Iglesia" (Lumen Gentium 11). Por otra parte, "los esposos cristianos, para cumplir dignamente los deberes de su estado, son fortalecidos y consagrados por un sacramento especial" (Lumen Gentium 48).

Por el bautismo, Dios nos hace nacer a la nueva vida en Cristo. Nos libera del pecado y nos hace miembros de la Iglesia. Durante la celebración, después de haber escuchado la Palabra de Dios, los futuros bautizados (o sus padres si son niños) y la asamblea, son invitados a confesar la fe de la Iglesia en la que la persona será bautizada. Después, el sacerdote (o el diácono) derrama sobre la persona el agua, diciendo: "Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". Después el recién bautizado recibe la unción del Santo Crisma, este aceite consagrado por el obispo que significa el don del Espíritu Santo. Después se le vuelve a poner un vestido blanco, signo de la nueva vida, un cirio encendido: Jesucristo es nuestra luz, nuestro guía. El Bautismo lo celebra un sacerdote o un diácono y se puede recibir a cualquier edad.

Por el Bautismo Dios nos hace cristianos. **Por la Confirmación**, Dios nos enriquece con una fuerza especial del Espíritu Santo para ser testigos de Cristo y

miembros activos de la Iglesia. Es por lo que la celebración de este sacramento está presidida por el obispo (o su representante), el responsable de todos los cristianos de una diócesis. Después de haber escuchado la Palabra de Dios, los futuros confirmados responden a la llamada de su nombre diciendo: "Aquí estoy". Después, el obispo llamará sobre ellos el Espíritu Santo mediante una oración especial. Finalmente, recibirán de nuevo la unción del Santo Crisma (como en el Bautismo) con esta frase: "Que el Espíritu Santo marque el don de Dios". La confirmación se recibe generalmente en la adolescencia, pero también en la edad adulta.

Al sacramento de la Eucaristía también se le llama "Misa" o "Comunión". La palabra "Eucaristía" que significa en griego "dar las gracias", recuerda la última cena de Jesús con sus discípulos, antes de su muerte en la cruz. Jesús tomó el pan y el vino, dio las gracias a Dios su Padre y dijo a sus discípulos: "Tomad y comed todos: este es mi cuerpo que será entregado por vosotros...", "Tomad y bebed todos, esta es mi sangre que será derramada por vosotros". Después añadió: "Hacedlo en memoria mía". Así, esta cena significa la vida que dio Jesús por nosotros en la cruz, su sacrificio de amor. Por eso el pan consagrado (sobre el que el sacerdote impone las manos, recitando las palabras de Cristo) durante la misa, también se llama eucaristía, porque es el signo más visible de Jesús que se ofrece a Dios Padre y se da compartiéndose a los hombres. También se le llama "Hostia", que significa "el que se da en sacrificio", o también "El Pan de Vida".

En efecto, Jesús resucitado sigue dando su vida sin cesar: en cada Eucaristía, se da a nosotros en el pan y en el vino consagrados que se vuelven así presencia real de Cristo, "cuerpo de Cristo" y "sangre de Cristo". Recibiendo a Jesucristo en la "comunión", nos unimos a Él. En los otros sacramentos, recibimos un don de Dios. En la Eucaristía, recibimos al Hijo de Dios, Jesucristo: por eso se dice que "la Eucaristía es la fuente y la cumbre de la vida cristiana". Un cristiano puede comulgar en cada misa, pero si sabe que ha cometido pecados graves, contrarios a la comunión con Dios y los hombres, antes de la misa, tiene que pedirle a algún sacerdote, el sacramento de la Reconciliación.

El sacramento del Orden, este término viene del latín "ordinatio" que significa "colocar, organizar la distribución de las cargas". Jesucristo, "Buen pastor" ha encargado a los hombres que actúen en su nombre para llamar y agrupar a su pueblo, la Iglesia, para enseñarle la palabra de Dios, celebrar los sacramentos y enviarle en misión. Es la función de los obispos, sacerdotes y diáconos.

Por su ordenación episcopal, **los obispos** (elegidos entre los sacerdotes) reciben como los apóstoles, la plenitud del sacramento del Orden: son los sucesores de los apóstoles y reciben habitualmente la carta de ser los pastores de una Iglesia local (es decir, de la porción del Pueblo de Dios que constituye una diócesis). Los obispos tienen una triple misión: enseñar, santificar y gobernar el Pueblo de Dios.

El obispo recibe de Dios, colaboradores ordenados también para la misión: sacerdotes y diáconos.

No pudiendo estar presente en todas las comunidades de su diócesis, el obispo se rodea de colaboradores, **los sacerdotes**. Mediante la ordenación, el obispo autentifica la llamada oída por algunos para ser sacerdotes. Mediante la imposición de manos en el momento de la ordenación, pide al Espíritu Santo consagrarles para que reciban, ellos también, la misión de ser signo de Cristo Pastor entre los hombres, celebrando la Eucaristía, perdonando los pecados, instruyendo y guiando la comunidad que les es

confiada. En Occidente, la Iglesia sólo llama a los hombres dispuestos a vivir en el celibato por amor de Cristo y de los demás.

Los diáconos, son cristianos que mediante la imposición de las manos en el momento de la ordenación por el obispo, reciben la misión de ser el signo de Cristo servidor entre los hombres. Tienen, en la organización pastoral de la Iglesia, una misión particular confiada por el obispo, normalmente en relación con la acción social de la Iglesia. Todos los sacerdotes comienzan por ser diáconos durante unos meses. Pero también hay diáconos permanentes que en la mayoría están casados y ejercen una profesión.

Mediante el sacramento del Matrimonio, Cristo significa el amor que lleva a su cuerpo que es la Iglesia y le da a los esposos la gracia de amarse con este mismo amor, para que brille y sea fuente de vida. El sacramento del matrimonio sella la unión legítima de dos personas de sexo distinto. Mediante él, los dos esposos se comprometen para toda la vida, ante Dios y la Iglesia.

El compromiso descansa sobre cuatro pilares:

- **comprometerse** libre y voluntariamente, sin coacción de ningún tipo, en el don mutuo del uno al otro.
- **comprometerse** a permanecer fiel al otro, porque en el amor, cada uno se apoya en el otro para vivir.
- **comprometerse** para toda la vida, sin poner restricciones al tiempo: el matrimonio es indisoluble. "Que el hombre no separe lo que Dios ha unido", dijo Jesús.
- **comprometerse** a recibir la vida de los niños que nazcan de esta unión y siempre que sea posible, bautizarlos y educarlos como cristianos.

Durante la celebración del matrimonio, después de haber escuchado la Palabra de Dios, los esposos se darán su consentimiento mutuo, recibirán por el Espíritu Santo la bendición de su unión, después, intercambiarán las alianzas bendecidas, signo exterior de su unión.

Mediante la Unción de enfermos, Cristo liberador cura o alivia la enfermedad física y fortalece la fe de los enfermos, dando el signo que ha venido a curar a la Humanidad. Este sacramento, tiene como fin conferir una gracia especial al cristiano que prueba dificultades inherentes al estado de enfermedad grave o a la vejez. Es signo de la ternura de Dios por la persona que sufre.

En la celebración de este sacramento, pedimos a Cristo:

- **que nos reconforte**, la paz y el valor para soportar cristianamente los sufrimientos de la enfermedad o la vejez.
- **el perdón** de los pecados si el enfermo no ha podido obtenerlo por el sacramento de la Penitencia.
- **la recuperación** de la salud.
- **la preparación** para pasar a la vida eterna, cuando la muerte parezca inminente.

Si un enfermo que ha recibido la unción recupera la salud, puede, en caso de nueva enfermedad grave, recibir de nuevo este sacramento. Durante la misma enfermedad, este sacramento se puede repetir si la enfermedad empeorase.

El sacramento del perdón (Reconciliación o Confesión). El hombre está hecho para la vida. Una vida de comunión con Dios y con los humanos. Por eso, Dios nos ha dado reglas de vida. Los diez mandamientos que encontramos en el Antiguo Testamento son expresión de ello. Jesús ha resumido todos en un gran mandamiento único: "Amarás al Señor tu Dios y a tu prójimo como a ti mismo".

Pero ocurre que rechazamos vivir en el amor y la verdad, en la justicia y la paz.

Este rechazo se llama "pecado". Y el pecado es una prisión que nos impide vivir en plenitud, como Dios desea para nosotros. Jesús ha venido para liberar del pecado a aquellos que quieren salir de esta espiral de muerte.

Es la razón de su llegada a la tierra. Es este perdón y esta liberación que se celebran en el Sacramento de la Reconciliación. Identificando y diseñando nuestras actitudes de muerte, pedimos a Dios que nos libere para entrar en una dinámica de vida nueva, como en el momento de nuestro Bautismo.

Hay que distinguir el acompañamiento psicológico de la celebración del sacramento de la reconciliación. El psicólogo busca con su paciente de dónde viene su malestar, a menudo mediante una introspección en su pasado. No juzga el aspecto moral del mal del que se queja el paciente. Le ayuda a comprender los orígenes de su situación psicológica para que pueda hacerse cargo de ello.

En cuanto al sacerdote, recibe una persona que ha identificado su pecado, el mal del que es culpable objetivamente y del que se arrepiente. Después de haber escuchado la Palabra de Dios y rezado para discernir cómo su vida ha podido caer en el pecado, el pecador es invitado a confesar todos sus pecados. Después el sacerdote tendrá con él un tiempo de diálogo para animarle a cambiar de vida y a tomar los medios necesarios para hacerlo.

Le dará una "penitencia", un gesto que tiene que cumplir y que testificará la conversión emprendida por el penitente. Finalmente, le impondrá la mano dándole la absolución mediante las palabras de reconciliación con Dios y con la Iglesia: "Yo te perdono en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo".

III. LA ORACIÓN

La oración es nuestra relación con Dios. Orar al Señor es estar con Él. Pero, para muchas personas, orar es pedir algo a Dios. Eso ya lo sabe el buen Dios perfectamente. Por eso, en la oración del Padrenuestro, Jesús nos enseña a pedir a Dios, lo que el Padre nos quiere dar, lo que necesitamos, lo que es bueno para nosotros.

"Oí un ruido como un golpe de viento", así es como Bernadette describió el principio de las apariciones, el principio de los hechos que están en la base de lo que es Lourdes hoy en día. Como el día de Pentecostés para los apóstoles, el Espíritu Santo se da a Bernadette para que pueda contemplar, interiorizar, participar y ser testigo del misterio de la salvación para toda la humanidad.

En ese paso, María, la Madre de Dios, será para esta niña, una verdadera pedagoga de vida espiritual. Con su presencia, sus palabras y sus gestos, introducirá a Bernadette, poco a poco, en la contemplación del misterio de su Hijo, el Redentor del mundo.

El secreto de esta "pedagogía mariana" se encuentra primeramente en la acogida mutua que estas dos mujeres, María y Bernadita, se dieron la una a la otra. Acogiendo a María, Bernadita acoge a Cristo: "¿Como puede ser que venga a mí la Madre de mi Señor? (Lc.1,42). Acogiendo a Bernadita, María acoge a Cristo: "Todo lo que hacéis a uno de estos pequeños, me lo hacéis a mí" (Mt. 25,40). El sello de esta alianza, de este encuentro y de esta amistad, será la señal de la Cruz. "La señal de la Cruz es en cierto modo la síntesis de nuestra fe". (Papa Benedicto XVI).

El otro secreto de esta "Vida mariana", será la oración del rosario, porque será como el soporte del encuentro. Primeramente, soporte pedagógico, porque todas las oraciones que Bernadette conocía, se encuentran contenidas en esta devoción tradicional de la Iglesia. Y después, soporte espiritual, porque también, a través de esta oración simple y accesible, los cristianos pueden contemplar el desarrollo de los misterios de la vida de Cristo. En efecto, lo que confía y comparte María con Bernadita, es su propia experiencia de discípula de Cristo, su propia experiencia de vida cristiana.

En este sentido, San Juan Pablo II nos dice: " Los recuerdos de Jesús, impresos en su alma, la han acompañado en todo momento [...] Han sido aquellos recuerdos los que han constituido, en cierto sentido, el 'rosario' que Ella ha recitado constantemente en los días de su vida terrenal." (Juan Pablo II, Carta apostólica « Rosarium Virginis Mariae nº 11,2002).

Así es como María, señora de vida espiritual y Bernadette, niña de María, hija del Padre y discípula de Cristo, inauguran y abren la puerta de esta magnífica "escuela de oración" que se nos da en Lourdes desde hace más de 150 años. Recetando el rosario, hoy como ayer, millones de peregrinos, sea en el santuario, sea en otros lugares, sea en los diferentes medios de comunicación, siguen tomando y apropiándose de las riquezas incomprensibles del misterio de Cristo

La oración por los pecadores

En las primeras apariciones, el tema de la oración no se menciona explícitamente, pero es recurrente en su práctica ligada al rosario. María no dice nada a Bernadita sobre la oración, pero día tras días se une a Bernadita cuando reza. En efecto, desde que llega a la Gruta, Bernadita se arrodilla, hace el signo de la cruz y comienza enseguida a recitar el rosario. Durante esta simple meditación la Señora se aparece a Bernadita, reuniéndose con ella en el corazón de su oración. Entonces, silenciosamente, su propio rosario entre los dedos, la Señora se asocia misteriosamente en la oración de Bernadita.

El día de la octava aparición, por primera vez, la Señora da una precisión a Bernadita: "Rezad a Dios por los pecadores". Esta petición debe ser importante porque la Señora reiterará su deseo en las cuatro apariciones consecutivas e incluso varias veces en cada una de ellas. Es cierto que esta palabra nunca se pronuncia sola, sino siempre junto con otras dos órdenes: "Id a beber a la fuente y a lavaros" y " Penitencia, Penitencia, Penitencia".

Bernardita acoge enseguida esta palabra, aplicándosela primero a ella misma no sólo en esos días, sino también hasta el fin de esos días. Parece, además, que la última palabra que Bernardita pronunciará algunos instantes antes de fallecer, serán: "Orad por mí pobre pecadora".

El sentido de la oración por los pecadores

De las cuatro palabras, dos tienen un peso considerable, ya que hacen referencia a dos realidades ineludibles, la oración y el pecado.

En las Santas Escrituras, el pecado siempre se considera bajo su doble aspecto, en relación con el hombre y con Dios. Estos dos aspectos tienen un punto común, el de la ruptura, entre el hombre y Dios y entre los hombres mismos.

En un primer momento, el hombre pecador es aquel que comete actos concretos que le separan de Dios y de sus hermanos. En un segundo momento, se puede hablar del hombre que está herido por el pecado. Se presenta como un ser imperfecto, una naturaleza venida a menos. En efecto, soportamos nuestras heridas, que más o menos conocemos, de las que somos más o menos responsables, pero las transmitimos siempre a los demás de una forma u otra, incluso sin querer. San Pablo lo reconoce diciendo: "No hago el bien que quiero y cometo el mal que no quiero". (Rm.7,19).

Mediante los actos concretos que realizamos que son del orden del pecado y por las heridas que todos llevamos en lo más profundo de nosotros mismos, comprendemos que existe una solidaridad de la Humanidad a nivel del Mal y del pecado. Ya es una actitud cristiana tomar consciencia de esa solidaridad. Aunque el Señor en su Evangelio nos hace descubrir que, si esta realidad existe, otra realidad también existe. Se trata de la vida de Dios en nosotros, es decir, la caridad. El apóstol le dijo: "El amor de Dios se ha extendido a nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado". (Rm.5,5) Por tanto existe entre nosotros una comunión y no una ruptura del hombre con Dios y de los hombres entre ellos a nivel de la caridad.

La función de la oración, como declara San Pablo, es hacer brotar en nosotros este Espíritu de Dios que nos parece que hace de nosotros un solo cuerpo y que se da para que vivamos todos como hermanos siendo hermanos de Cristo, con Él, hijos de un mismo Padre.

El descubrimiento de este vínculo de caridad entre nosotros, por medio de la oración, es una experiencia que siempre se debe repetir. Por eso el Señor, cuando habla de la oración dice a propósito de ella muy pocas palabras, pero siempre insiste en la perseverancia en la oración. (Lc 18,1-18).

¿Por qué? Porque este descubrimiento se sitúa en el tiempo, en la duración de toda una existencia. No es otra cosa que de lo que nos habla San Pablo y todos los maestros espirituales: la vida según el Espíritu de Dios.

Bernardita ha comprendido bien el sentido de esta petición de la Virgen Santa. Comprende bien que es una criatura herida por el pecado, pero al mismo tiempo comprende que es una criatura recreada por la gracia de Dios.

Este combate espiritual entre el pecado y la gracia que se sitúa en el centro de nuestro corazón, es un combate de cada instante. En efecto, nos hace falta ajustar sin cesar lo que somos con lo que estamos llamados a ser. Nos hace falta pasar constantemente de un comportamiento que nos es dictado por el mundo a un comportamiento del discípulo de Cristo.

Mediante la oración, Bernardita hace el tránsito del que nos habla San Pablo, del viejo hombre al nuevo. Lo expresará por palabras muy simples pero muy profundas: "El primer movimiento no nos pertenece: el segundo sí". Bella ilustración de las palabras del Apóstol Pablo: "Ahí donde el pecado ha abundado, la gracia ha sobreabundado" (Rm 5,20).

Bernardita sufría su propia naturaleza "Estoy hirviendo", es decir capaz de reaccionar de forma extremadamente viva, a expensas de la caridad, del amor fraternal, de la justicia hacia los demás. Su director espiritual nos dirá: "Ella tuvo exabruptos que reprocharse, actos de mal humor, de propia voluntad y de sensibilidad demasiado grande.

En algunas ocasiones, pudo dejarse llevar por apreciaciones particulares y creyendo sin duda tener razón, conservar algunas ideas demasiado tenaces en su mente, pero pronto su conciencia la alertó y a veces, pidió perdón a la comunidad".

Pero cada vez que se sorprendía así en flagrante delito de haber tenido un pensamiento no conforme con el Evangelio, ella, mediante la oración, se volvía hacia Cristo, reconsideraba su pensamiento, reformulaba su palabra, recogía su acto.

Toda su vida, Bernardita ha tenido que recomenzar con Cristo lo que ella misma había hecho mal. No se trata de una actitud ocasional, sino de una manera de vivir de forma cotidiana.

Cuántas veces en la vida de una pareja, en la relación padres e hijos en el seno de una familia, entre amigos, se establece la división, surgen los malentendidos, aparecen los resentimientos. Pero también cuántas veces después de haber orado, se toma conciencia de que estas actitudes son estériles, no llevan a nada y hacen daño y que se está llamado a vivir otra solidaridad, la que pertenece al orden del amor.

Por eso estamos invitados, igual que Bernardita, a rezar primero por nosotros mismos que somos los primeros pecadores. Además es lo que hace este peregrino del Oriente cristiano repitiendo sin descanso: "Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, ten piedad de mí pecador".

También estamos invitados a orar por todas las situaciones que nosotros hombres provocamos y de las que somos responsables, como las guerras, el terrorismo, la violencia, las injusticias, el racismo, la pobreza, los abusos.

Pero todavía hay que ir más lejos en la oración por los pecadores y tener el valor de orar por nuestros enemigos, por los que no nos aman, por aquellos que nos hacen daño, por aquellos que nos calumnian, nos desprecian, nos humillan, para que estas situaciones se reviertan y se vuelvan lugares de tránsito para restablecer la comunión.

"La oración toca nuestra carne en su punto sensible, toca nuestro corazón. No es Dios quien cambia, somos nosotros los que cambiamos a través de la obediencia y de abandonarnos en la oración". (Papa Francisco)

**P.Horacio Brito
Capellán General de la Hospitalidad de Ntra. Sra. de Lourdes
Lourdes, 11 de febrero de 2017**